

con diversos actos culturales. Don Carlos Valderrama Andrade culminó la publicación de los cuatro tomos de *Escritos políticos* e inició la edición de un tomo sobre el período de la Regeneración y la participación de Caro en este momento histórico. Este será, sin duda alguna, un documento esencial para conocer uno de los aspectos más controvertidos de la historia colombiana.

Para conmemorar la fecha, en la sesión del 6 de noviembre de 1993, en el Paraninfo de la Academia, hablaron el director profesor del Instituto Caro y Cuervo, Ignacio Chaves Cuevas y don Carlos Valderrama Andrade, subdirector y jefe de la Comisión Caro del mismo Instituto.

Publicamos las palabras del director y del subdirector del Instituto Caro y Cuervo.

### CARO MIEMBRO ESCLARECIDO DE LA “GENERACIÓN CLÁSICA” ALOCUCIÓN DE DON IGNACIO CHAVES CUEVAS

En este acto, con el cual la Academia Colombiana de la Lengua y el Instituto Caro y Cuervo rinden pleito homenaje a don Miguel Antonio Caro con motivo del sesquicentenario de su nacimiento, debo decir unas palabras conmemorativas en representación del centro cultural que lleva su nombre asociado al del sabio y genial filólogo Rufino José Cuervo, creado por el gobierno del Presidente López Pumarejo para perpetuar la memoria de los clásicos mayores de la cultura nacional, a quienes la República de Colombia debe el prestigio que le ganaron cuando la más docta crítica los reconoció como cumbres de las letras castellanas.

La obra del señor Caro, aunque no divulgada en su totalidad, ha sido conocida y estudiada en Colombia y en el extranjero por letrados, críticos, sociólogos e historiadores que se ocupan en los diferentes asuntos sobre los que versan sus escritos, producto de una multifacética personalidad y de una singular concepción del mundo y de la historia pero, por sobre todo, de un sin igual conocimiento de su realidad, de su gente y de su patria. Al Instituto creado precisamente para continuar, estudiar y publicar la obra y las orientaciones culturales de Caro y los trabajos científicos de Cuervo, le ha cumplido la honrosa satisfacción de haber consagrado, con celosa fidelidad a sus objetivos, buena parte de sus actividades a las labores de recopilación, ordenamiento, clasificación y publicación, con notas y estudios críticos, de la fenomenal tarea del eminentísimo compatriota, bajo la responsabilidad de

uno de los más consagrados y eruditos investigadores, don Carlos Valderrama Andrade, quien por virtud de un paciente ejercicio prolongado por más de nueve lustros, culminó su especialización de tal modo que se ha constituido en autoridad indiscutida en los temas relacionados con el pensamiento y el quehacer intelectual del señor Caro.

Sin embargo, por tratarse de una obra polivalente y de tan vastas proporciones, que toca con soberana maestría asuntos de tan variada índole, los que la abocan no siempre aciertan a descubrir lo sustancial de la naturaleza de este soberbio varón que, desde sus mocedades hasta su muerte, se condujo con imperial dominio sin émulos de pareja estatura, porque, como alguien dijo, *la naturaleza no produce titanes en serie*.

Ciertos analistas y estudiosos hacen énfasis en los trabajos filológicos y gramaticales; otros en las traducciones y composiciones latinas; no pocos en los ensayos filosóficos, o de crítica literaria, o de teología o de historia; unos más en el poeta de gusto clásico que no fue innovador pero sí original; algunos en el formidable crítico; y los demás ponen de relieve los estudios jurídicos y constitucionales y proponen como síntesis de ellos las cláusulas romanas de la desaparecida Constitución de 1886, cuya concepción dejaba ver la poderosa estructura de un cerebro excepcional. Pero todos, aún sus malquerientes, lo señalan como un valor eximio de la nación, protagonista sin par de por lo menos cuarenta años de la vida colombiana.

Los biógrafos y literatos han procurado destacar al humanista, pero como Caro intervino trascendentalmente en política, bien como ideólogo y conductor de un partido, bien como polemista de contundente y vigorosa argumentación, bien como orador sin rivales, bien como gobernante, muchos de sus escritos y algunos actos de su vida pública han dado lugar a inagotables y sentidas controversias. Lo cual, a nuestro modo de ver, se explica por la manera un tanto sesgada de enfocar a Caro desde ángulos circunstanciales en los que se deja de lado lo que pudiéramos llamar su 'unidad de vida', pues su actividad y su obra en el más amplio sentido del vocablo, corresponden a una concepción existencial totalizadora, a una estructura interior sabiamente organizada en la que no se hacen concesiones a la banalidad, a la futilidad, a la utilidad personal, o a intereses mezquinos.

Por los antecedentes familiares podría decirse que don Miguel Antonio estuvo predestinado para descollar como letrado y humanista. Dejando de lado la huella luminosa de su padre José Eusebio, como se sabe los Caros, José Antonio y Francisco Javier fueron hombres de ciertas letras; y por esa vía paterna, el abuelo Ibáñez fue respetable jurisconsulto. Por la vía materna, el doctor don Miguel Tobar, en cuyo hogar se formó de niño en la temprana orfandad por la muerte de su padre, fue uno de los más consagrados humanistas del pasado siglo y tan versado en las ciencias del Derecho, que de él se valieron los gestores de las primeras constituciones de la naciente república para que en ellas se plasmara la concepción del Estado. La autoridad jurídica de don Miguel mereció respetuosa consideración del Libertador,

quien de ese modo lo distinguió con aprecio, acentuando la diferencia que en él veía de otros togados granadinos a quienes miró con menosprecio. En casa del señor Tobar el niño Caro sentó las bases de su formación humanística y jurídica, al punto que ya adulto hubo de confesar: “todo lo que sé, se lo debo a mi abuelo”. Allí se familiarizó con los temas relacionados con la cultura clásica, con la constitución del Estado, la ciencia del Derecho, la filosofía, la religión y la interpretación de la Historia. Como lo recordé en otra ocasión, don Miguel Antonio aprendió a razonar en latín en las rodillas del abuelo Tobar y, por el dominio de esa lengua esencialmente sintética, desde niño se preparó para polemizar con asombrosa precisión y para concebir y expresar sus ideas con magistral destreza. Cuando tenía diez años, don Miguel Tobar contrató para él los servicios de un preceptor eminente, el bachiller de Oxford señor Thomas Jones Stevens, y más tarde, en 1861 cuando por la expulsión de los jesuitas ordenada por el general Mosquera se suspendieron los estudios clásicos en el Colegio de San Bartolomé, el señor Caro tuvo de nuevo por maestro a un *scholar* inglés de la Universidad de Cambridge, míster Samuel Start Bond, quien lo perfeccionó en el idioma inglés y en la literatura universal. Con esa formación y por obra de su personal iniciativa de autodidacto, el talento fuera de serie del señor Caro asimiló un acopio de conocimientos que lo pusieron en ventaja sobre sus coetáneos.

A los veinte años se inició en la vida pública en las páginas de *La Caridad* con trabajos más que todo literarios por la índole de la revista. Muy pronto irrumpió como polemista, sin la fogosidad de su maestro José Joaquín Ortiz ni la reiteración combativa del señor Groot, pero los superó a ellos por la contundencia de la sustentación de las ideas y la solidez doctrinal del discurrir lógico.

A los 28 años, en 1871, fundó *El Tradicionista* y por medio de esa publicación periódica suya se impuso ante propios y adversarios como el ideólogo de un movimiento político al que dejó en herencia el cuerpo de su doctrina. No se conoce otro ejemplo de tan pasmosa precocidad como ésta, a poder de la cual un joven menor de treinta años se constituya en el conductor doctrinal de un movimiento político y merezca el respeto de sus contemporáneos y la adhesión de sus copartidarios, incluidos sus maestros. Desde entonces Caro figuró como luminaria mayor en la política colombiana y llenó con su cesárea presencia muchas páginas de nuestra historia. Podemos estar de acuerdo o no con la ideología del señor Caro, pero no podemos negarle su puesto de primer orden en nuestra historia como miembro principal de la esclarecida generación que con sobradas razones se ha llamado la “Generación clásica”.

Al rendirle este homenaje lo hacemos al Caro total cuya obra y cuyo pensamiento se enseñorean majestuosos en las mejores páginas de nuestras letras y en más de medio siglo de vida nacional, al Caro cuya estructura mental sobrepasa los defectos de su humana naturaleza con la hondura de su razonamiento y la vigorosa firmeza de su carácter.